

“Tú, hombre de Dios” La oración del Obispo, en el Año sacerdotal, según Karol Wojtyla-Juan Pablo II

Daniel Watt Rocher

Profesor en la Escuela de la fe de Monterrey (México)

ANIMADO POR EL AÑO SACERDOTAL, me he dado a la tarea de recopilar algunas vivencias y exhortaciones de Juan Pablo II, sobre la oración en la vida personal y en el ministerio del Obispo en la Iglesia.

Aunque no dirigidas en primer lugar a un servidor, su pausada lectura he hecho bien a mi alma, la ha llenado de santos propósitos, y le ha ofrecido luminosos caminos de renovación espiritual. Por eso supongo que los primeros destinatarios obtendrán parecidos efectos después de su lectura.

Difundir el pensamiento del venerable de Dios Juan Pablo II, de próxima y querida beatificación, me parece un deber y un acto de gratitud a quien *per multos annos* ha sido ejemplo, guía y padre de todos nosotros. He comenzado esta historia de oración en julio de 1958, aunque viene de mucho atrás, cuando al joven sacerdote polaco Karol Wojtyla se le abre una nueva etapa en el camino con el Señor y tras el Señor.

Como era habitual pasaba, con un grupo de jóvenes apasionados de la canoa, unos días de vacaciones en los lagos Masuri. Llevaba consigo una carta que le invitaba a presentarse ante el primado de Polonia, el cardenal Wyszynski, y podía adivinar el motivo del encuentro: su nombramiento como obispo auxiliar de Cracovia. La llamada Episcopal, ese sígueme, fue aceptado con decisión, pero interiorizado en la oración: “Desde el momento —hace ya 20 años— que conocí a Karol Wojtyla, cuando le anuncié la voluntad del santo Padre que le llamaba a la dignidad de obispo de la diócesis de Cracovia, noté en su rostro sonriente una prontitud espiritual; éste es el hombre para el que la oración es una fuerza natural, conseguida de rodillas y con las manos, llenas de fe, de los niños. De esa personalidad completa de filósofo moralista irradia la oración de cada momento de su vida, tanto cuando reza su vía crucis diario, como cuando celebra el santo sacrificio; cuando escucha con atención a los hijos de Dios, o cuando habla, canta o discute con ellos” (Card. Wyszynski, palabras en 1978 comentando la elec-

ción de Juan Pablo). Acudió de inmediato al convento de las Ursulinas en la capital donde llamó a la puerta y preguntó si podía rezar. Le guiaron hasta la capilla y le dejaron solas. Pasado cierto tiempo las monjas empezaron a impacientarse y abrieron en silencio la puerta de la capilla para ver qué pasaba. Se hallaba postrado en el suelo frente al tabernáculo. Regresaron varias horas más tarde y el sacerdote continuaba en la misma posición. Ya era tarde y una de las monjas le invitó a cenar, pero le respondió que su tren salía pasada la medianoche y les pidió si le permitían quedarse allí porque tenía un montón de cosas de que hablarle al Señor: “Mientras hacía tiempo para tomar el tren de la noche que me llevaría a Cracovia, recé durante muchas horas en la capilla de las Hermanas Ursulinas de la calle Wislana en Varsovia” (Juan Pablo II, ¡Levantaos! ¡Vamos!, pág. 32).

Su inmediata preparación para la consagración fueron seis días de ejercicios espirituales que los hice en Tynieć: “¡Seis días de meditaciones, Dios mío!”. En su libro de memorias el acto litúrgico de la consagración es detallado largamente, como si durante toda la ceremonia hubiese estado contemplando mistagógicamente cada símbolo de la misma, pues la ordenación episcopal en un acontecimiento de oración y sólo se entiende en la oración. La ordenación episcopal es un acontecimiento de oración pues ningún hombre puede hacer a otro obispo. Es el Señor mismo quien, a través de la palabra de la oración y del gesto de la imposición de las manos, asume a ese hombre totalmente a su servicio, lo atrae en su mismo Sacerdocio. Él mismo consagra a los elegidos. Él mismo, el único Sumo Sacerdote, que ha ofrecido el único sacrificio por todos nosotros, le concede la participación en su Sacerdocio, para que su Palabra y su obra estén presentes en todos los tiempos. Además en el Pontifical Romano se interroga al elegido al episcopado antes de la imposición de las manos: “¿Perseverarás en la oración a Dios Padre Todopoderoso y ejercerás el sumo sacerdocio con toda fidelidad?”. El Obispo ora muy en particular por la santidad de sus sacerdotes, por las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada y para que en la Iglesia sea cada vez más ardiente la entrega misionera y apostólica.

La noche de su consagración episcopal se traslada, con un grupo de amigos, al santuario para celebrar la mañana del día siguiente la santa Misa en la capilla del icono milagroso de nuestra Señora. Czestochowa es, desde todos los puntos de vista, un lugar especial para los polacos, en cierto sentido se identifica con Polonia y con su historia, principalmente con la historia de las luchas por la independencia nacional. Su nombre, Claro monte, se identifica con la luz que disipa las tinieblas. La fuente de esa luz de espe-

ranzan es la presencia de María en su milagrosa imagen. Allí, cada año, normalmente a inicios de septiembre, el episcopado polaco hacía sus ejercicios espirituales

San Pablo, apóstol ya experto, escribe hacia el final de su vida a Timoteo: “Ejercítate en la piedad. El ejercicio corporal sirve para poco; en cambio la piedad es provechosa para todo, pues tiene la promesa de la vida, de la presente y de la futura” (1 Tm 4, 7-8). Y eso es lo que he privilegiado. La capilla del palacio de los Arzobispos de Cracovia está tan cerca que bastan dos pasos para llegar a ella; es un privilegio de todo obispo, pero al mismo tiempo es para él un gran deber. La capilla está cercana para que en la vida del obispo —la predicación, las decisiones, la pastoral— todo comience a los pies de Cristo, oculto en el Santísimo Sacramento. He sido testigo presencial, a este respecto, de la costumbre del Cardenal Adam Sapiuha. Cada noche, a las nueve en punto, los seminaristas veíamos al príncipe Arzobispo Adam Sapiuha dirigirse a solas a su capilla, donde permanecía una hora. Se entendía que estaba planteando sus problemas al Señor y que no debía molestársele. He procurado imitar aquel ejemplo inigualable. El cardenal primado Wyszyński, en la homilía fúnebre en Wawel, habló así de él: “Entre tantas características de su vida hay una que me ha hecho reflexionar. Durante las asambleas de la Conferencia Episcopal, al término de una jornada de trabajo, a veces fatigosa, todos se apresuraban hacia sus casas bastante agotados; sin embargo, este hombre incansable iba a su fría capilla y permanecía allí ante Dios en la oscuridad de la noche. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Nunca oí durante las horas de trabajo nocturno en la casa arzobispado los pasos del cardenal volviendo de la capilla. Una cosa sé, y es que su edad avanzada le concedía el derecho al descanso. Pero el cardenal tenía que cerrar con broche de oro la fatiga del trabajo de todo el día y la cerraba con el diamante de la oración. ¡Fue verdaderamente un hombre de oración!”.

“Los santos sacerdotes de siglos pasados daban siempre a su vocación y a su servicio unas dimensiones netamente comunitarias, incluso podríamos decir ‘horizontales’, viviendo, ante todo, ‘para los demás’. No obstante, resulta perfectamente claro, de una claridad total, que este ‘horizontalismo’ era función de un sentido vertical auténtico, no abstracto, sino efectivamente existencial, arraigado en el misterio del Cristo-sacerdote. Así, pues, tras el Vaticano II, estos modelos vivos que con tanto vigor me interpelaban en mis tiempos de seminarista y de joven sacerdote, no quedaron en modo alguno disminuidos. Al contrario, estoy convencido de que estos modelos me ayudaron decisivamente a adoptar la idea del sacerdocio que nos propuso el Concilio, con toda su riqueza y autenticidad. ¿Mis modelos? Son muy nu-

merosos. Debo mucho a san Francisco de Asís, que, por no creerse digno de la ordenación, se quedó en diácono, y a fray Alberto Chmielowski, su más fiel discípulo en mi patria. A finales del siglo pasado, fray Alberto fue uno de los artífices del renacimiento espiritual de Polonia. Toda su vida – estudiante, pintor desgarrado por conflictos internos, terciario franciscano y servidor de los pobres, ideal en el que halló la paz– puede resumirse en estas palabras de un excelente biógrafo: ‘Dio su alma.’ ¡Ahí está! Y yo pregunto: ¿Qué es la vocación sacerdotal sino la llamada a dar el alma? Nosotros, los sacerdotes tenemos gran necesidad de modelos que nos enseñen a ser exigentes con nosotros mismos, que nos hagan ver en qué medida el sacerdocio ministerial de Cristo nos desborda y que nos empujen a ‘buscar más arriba’” (André Frossard dialoga con Juan Pablo II, Ed. Plaza y Janes, Barcelona 1982, p. 18).

Recuerda, con cariño, la figura del fiel arzobispo Ablewicz: “Ese día iba a pie en peregrinación a Tuchów, al santuario mariano de diócesis. En el camino preparaba con su oración la homilía dominical. Se sabía que salía muy a disgusto de su diócesis. Estaba siempre con los suyos, primero en la oración, y luego en la acción. Pero primero en la oración; el misterio de nuestra paternidad surge y se desarrolla, precisamente de ella. Como hombre de fe, en la oración, nos presentamos ante María y José para pedirles ayuda, y edificar así, junto con ellos y con todos los que Dios nos confía, la saca para el Hijo de Dios: su santa Iglesia” (Juan Pablo II, ¡Levantaos! ¡Vamos! Ed. Plaza y Janes, Barcelona 2004, pp. 129-130).

El santoral, que como Papa ha ayudado a actualizar, está repleto de santos Obispos: Gregorio Grassi, Antonino Fantosti, Francisco Fogolla y Luis Versiglia mártires en China; y Valentín Berrio Ochoa y otros seis mártires en Vietnam. Entre los beatos, veneramos a Miguel Kozal, Antonio Julián Nowowiejski, León Wetmanski y Ladislao Goral, que murieron en los campos de concentración nazis. A ellos se añaden Diego Ventaja Milán, Manuel Medina Olmos, Anselmo Polanco y Florentino Asensio Barroso, asesinados durante la guerra civil española. Jerónimo Además, en el largo invierno del totalitarismo comunista, florecieron en Europa oriental los beatos mártires Guillermo Apor, húngaro; Vicente Eugenio Bossilkov, búlgaro; y Luis Stepinac, croata. ¡Cuántos santos y beatos confesores hay entre los Obispos! Pensemos, por ejemplo, en las luminosas figuras de san Carlos Borromeo y san Francisco de Sales; en los Papas Pío IX y Juan XXIII; y en innumerables pastores: Francisco Montmorency-Laval, Alan Slominihac, Alonso Versiglia, Marcelo Spínola y Maestre, Andrés Carlos Ferrari, Luis Moreau, Jorge Matulewicz, José Benedicto Dusmet, Nicolás Stenonis, Dermittius O’Hurley, Juan

Nepomucenus Tschiderer, Guido María Conforti, Ildelfonso Schuster, Juan Bautista Scalabrini, Antonio Martín Slomšek, Manuel González, Rafael Guízar y Valencia, José María Tomasi, Eugenio Mazenod, Ezequiel Moreno y Díaz, Daniel Comboni, José Sebastián Pelczar, y José Marelo.

En la capilla privada —nos cuenta él— no solamente rezaba, sino que me sentaba allí y escribía. Allí escribí mis libros, entre ellos la monografía *Persona y acto*. Estoy convencido de que la capilla es un lugar del que proviene una especial inspiración. Es un enorme privilegio poder vivir y trabajar al amparo de esta Presencia. Una Presencia que atrae como un poderoso imán. Cada mañana después de la Misa, y el desayuno, pasaba una par de horas escribiendo en el pequeño escritorio que se había hecho colocar frente al Santísimo Sacramento. En el costado izquierdo de la capilla, no muy lejos del altar, se hizo construir una silla con reclinatorio y una pequeña tabla de madera oscura. De esa manera podía escribir y orar al mismo tiempo. También podía mirar por una ventana que daba al jardín en donde solía caminar cuando era seminaristas clandestinos o podía inspirarse con el tabernáculo.

Otro ejemplo que lo alentó en su vida de oración episcopal lo encontró bien reflejado en el santo de su patronímico, san Carlos Borromeo, inconscientemente se está describiéndose el como Obispo: “Pero, ¿de dónde sacaba tanta fuerza en ese diligente servicio eclesial, convertido luego en ejemplar y programático para todos los Obispos y sacerdotes, tras las reforma tridentina? El secreto de su éxito fue el espíritu de oración. En efecto, se sabe que dedicaba mucho tiempo, día y noche, a la contemplación y unión con Dios, tanto en su capilla privada como en las iglesias parroquiales en que realizaba la visita pastoral. “Las almas, solía decir, se conquistan de rodillas”. Y en el discurso que tuvo en el último sínodo y que hoy meditamos en el breviario: “Sabedlo, hermanos, nada es tan necesario para los clérigos como la oración mental; ella debe preceder, acompañar y seguir nuestras acciones: Salmodiaré —dice el salmista— y entenderé. Si administras los sacramentos, hermano, medita lo que haces; si celebras la misa, medita lo que ofreces; si salmodias en el coro, medita a quién hablas y qué es lo que hablas; si diriges las almas, medita con qué sangre han sido lavadas, y así todo lo que hagáis, que sea con amor; así venceremos fácilmente las innumerables dificultades que inevitablemente experimentamos cada día (ya que esto forma parte de nuestra condición); así tendremos fuerzas para dar a luz a Cristo en nosotros y en los demás” (Juan Pablo II, 4 de noviembre de 1981).

A menudo, el arzobispo, trasladada sus decisiones más difíciles al santuario de Tierra Santa en Kalwaria donde se le encontraba con frecuencia, rosario en mano, considerando un problema a través de la oración. Cada viernes salía de su residencia arzobispal para rezar las catorce estaciones del via crucis en la capilla lateral de la basílica franciscana y “nunca me he puesto la cruz pectoral de obispo con indiferencia. Es un gesto que hago siempre con la oración” (ver Juan Pablo II, ¡Levantaos! ¡Vamos!, pág. 169).

El interés por el otro comienza en la oración del obispo, en su coloquio con Cristo que le confía a los suyos. La oración le prepara a estos encuentros con los otros. En ellos, si se tiene una actitud abierta, es posible lograr un conocimiento y comprensión recíprocos aun cuando haya poco tiempo. Lo que yo hago es, simplemente, rezar por todos, día tras día. Cuando encuentro una persona, ya rezo por ella, y eso siempre facilita la relación. Me es difícil decir cómo lo perciben las personas, habría que preguntárselo a ellas. Tengo, como principio, acoger a cada uno como una persona que el Señor me envía y, al mismo tiempo, me confía (ver Juan Pablo II, ¡Levantaos! ¡Vamos!, n° 69).

Mons. Planas, asistente de Mons. Deskur, cada vez que de paso en Roma iba a saludar a su amigo, en cuya casa se quedó muchas veces, lo que más le sorprendió en esos años es que nunca pidió pasar por delante de personas que habían sido citadas. Se sentaba y esperaba su turno, sin hacer grandes pláticas. De hecho Mons. Planas comenta que contrariamente a la fama de extrovertido que tenía, él siempre consideró al cardenal Woytyla como un hombre de pocas palabras, sumergido en su mundo interior. El Cardenal Andrzej Maria Deskur, amigo del Papa, desde que ambos eran jóvenes, refirió que acogiendo en su domicilio de Roma al Cardenal por motivo de sus viajes romanos, se vio en la conveniencia de sustituir el suelo de su capilla privada. Lo hizo en razón de que varias veces le sorprendió postado en el frío pavimento. Para evitar un probable incurable daño a la salud de su huésped y paisano, tomó la decisión de sustituir con suelo de madera el de baldosas.

“El Cardenal arzobispo de Cracovia —nos refiere el Card. Wyszynski— fue llamado por su santidad Pablo VI, a prestar en el Vaticano, el servicio de la Palabra de Vida al Vicario de Cristo y a sus más directos colaboradores. Para llevarlo a cabo ha unido a la fe el recurso de la oración ferviente y el patrimonio de su experiencia pastoral. Enriquecido con estos dones, ha procurado realizar la tarea que se le ha encomendado con el optimismo del cristiano fuerte y con la sencillez de un hijo de aquella nación que tiene por costumbre decir sí, solamente a Dios, a la Iglesia de Cristo y a su Madre

santísima. Confesar abiertamente que solamente Cristo está puesto para caída y levantamiento de muchos, adherirse a Él, y poner en Él la confianza plena, significar abrir las puertas para la renovación de la faz de la tierra” (Presentación del manuscrito de los Ejercicios Espirituales, Signo de contradicción, por el Card. Wyszynski, Varsovia, 16 de noviembre de 1976). El título no fue premeditado, simplemente salió así, al final, como una síntesis de lo que pretendía decir. Hasta el mediodía escribía las meditaciones, por la tarde iba a esquiar y más tarde, por la noche, seguía escribiendo.

Una de las pláticas que brotó de su corazón tiene por título: El sacerdote es un hombre de oración: “*vir orationis*”. “Habría que dedicar más tiempo a este tema fundamental que es la oración del sacerdote: la oración litúrgica —la vinculada a la celebración eucarística, de los sacramentos, la liturgia de las Horas—, y la oración no litúrgica, privada, sobre todo la interior que brota del pensamiento, del corazón, de la voluntad, de la adoración, de la contemplación, del silencio y del recogimiento. Séame permitido resumir sintéticamente esta problemática de la oración en la vida del sacerdote: el sacerdocio es oración de la existencia y vocación humana; es portador de la incesante plegaria de todo el mundo, *sacrificum laudis*, la oración del hombre concreto que es *homo Dei*, consagrado y que en el momento culminante de cada día presta su voz al mismo Cristo, para que se pronuncien las palabras de la consagración. El sacerdote expresa con su misma existencia, lleva —por decirlo así— en sí mismo, la plegaria de toda la creación. San Pablo atestigua esta verdad en la carta a los Romanos (8, 22-24). Así es cabalmente. La oración es un acto de esperanza. Es expresión de la esperanza, su señal para el mundo, para el hombre. La oración nos permite, como dice el Apóstol, mirar hacia el cumplimiento de la esperanza, hacia esa realidad a la que aspira el corazón humano: “Si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos” (Rom 8, 25). Sí, la oración es condición para perseverar en el bien. Condición para superar las pruebas que da la vida, a las que está sometido el hombre por su debilidad. ¡La oración es la fuerza de los débiles y la debilidad de los fuertes! Sigue diciendo el Apóstol. Podríamos decir que la oración es elemento constitutivo de la existencia humana en el mundo, que es ser hacia Dios. Al mismo tiempo es una especie de ser en las dimensiones de Dios, en las profundidades del pensamiento de Dios, de su misterio, de sus designios. La oración es, finalmente, en cierto modo, un tocar la fuente misma del poder divino: la voluntad y la gracia. Es también —como dice san Pablo— obra del Espíritu Santo en nosotros. Y el Espíritu —dice el Apóstol en otra carta— “todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios” (1 Cor 2, 10). El sacerdocio es la gran oración de todas las cosas: del hombre y del mundo” (Karol Wojtyła, Signo de Con-

tradición, XV. El misterio del hombre: el sacerdocio. 4. La oración, pp. 194-195).

Como Obispo de Roma ofreció a sus hermanos los Obispos, especialmente durante las visitas ad limina apostolorum, indicaciones valiosas sobre la oración, para su vida personal y ministerio. Las visitas ad limina apostolorum Juan Pablo II las considera un momento importante de la solicitud por todas las Iglesias. Aquí recogemos, entre muchas, unas veinte y tantas intervenciones, dirigidas a los Obispos de diversos países y de los cinco continentes, subrayando especialmente dos importantes discursos monotemáticos: Discurso a los Obispos de la región norte de Francia del 22 de enero de 1987, sobre La pastoral de la oración; y Discurso a los Obispos de la IV Región de EE.UU. del 10 de junio de 1988, sobre La oración programa de vida eclesial y de acción evangelizadora. Además, como destilación de toda una vida, encontramos sabias indicaciones en la Exhortación Apostólica Postsinodal Pastores gregis de 2003 y en el actualizado Directorio de los Obispos de 2004.

Sólo en la oración podremos cumplir los deberes de nuestro ministerio y responder a las esperanzas del mañana: “El fundamento de nuestra identidad personal, de nuestro vínculo común y de nuestro ministerio se encuentra en Jesucristo, Hijo de Dios y Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento. Por esta razón, hermanos, mi primera exhortación al presentarme hoy entre vosotros es ésta: “Mantengamos nuestros ojos puestos en el autor y consumidor de la fe, Jesús” (Hb 12, 2). Como somos Pastores de este rebaño, debemos tener fija nuestra mirada en Aquel que es el Pastor principal -Princeps Pastorum (1 Pe 5, 4)-, para que nos ilumine, nos sostenga y nos colme de alegría en nuestro servicio al rebaño, conduciéndolo “por rectas sendas por amor de su nombre” (Sal 23, 3). Pero la eficacia de nuestro servicio a Irlanda y a toda la Iglesia está vinculada a nuestra relación personal con Aquel a quien San Pedro llamó también “Pastor y guardián de vuestras almas” (1 Pe 2, 25). El seguro fundamento de nuestra guía pastoral lo constituye, pues, una relación profunda y personal de fe y amor con Jesucristo nuestro Señor. Al igual que los Doce, también nosotros hemos sido designados para estar con El, para ser sus compañeros (ver Mc 3, 14). Podemos presentarnos como líderes religiosos de nuestro pueblo, en las situaciones que afectan profundamente a sus vidas diarias, sólo después de haber estado en piadosa comunión con el Maestro, sólo después de haber descubierto en la fe que Dios ha constituido a Cristo como “nuestra sabiduría, justicia, santificación y redención” (1 Cor 1, 30). Somos llamados, en nuestras propias vidas, a escuchar, conservar y realizar la Palabra

de Dios. En las Sagradas Escrituras, y especialmente en los Evangelios, encontramos constantemente a Cristo; y, mediante el poder del Espíritu Santo, sus palabras se hacen luz y fuerza para nosotros y para nuestro pueblo. Sus mismas palabras contienen un poder de conversión, y aprendemos mediante su ejemplo. A través de un piadoso contacto con el Jesús de los Evangelios, nosotros, sus siervos y apóstoles, absorbemos en modo creciente su serenidad y asumimos sus actitudes. Sobre todo adoptamos aquella fundamental actitud de amor hacia su Padre, tanto más cuanto que cada uno de nosotros experimentamos un gozo profundo y pleno en la verdad de nuestra relación filial: *Diligo Patrem* (Jn 14, 31) – *Pater diligit Filium* (Jn 3, 35). Nuestra relación con Cristo y en Cristo halla su suprema y única expresión en el Sacrificio eucarístico, en el que actuamos por completo: *in persona Christi*. La relación personal con Jesús constituye, pues, una garantía de confianza para nosotros y nuestro ministerio. En nuestra fe encontramos la victoria que vence al mundo. Por el hecho de estar unidos con Jesús y mantenidos por El, no hay reto con el que no nos podamos enfrentar, dificultad que no podamos mantener, obstáculo que no podamos vencer por el Evangelio. En realidad Cristo mismo garantiza que “el que cree en mí, ése hará también las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas...” (Jn 14, 12). Sí, hermanos, la respuesta a tantos problemas se halla sólo en la fe, una fe manifestada y sostenida en la oración” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos irlandeses, Dublín 30 de septiembre de 1979, n° 4).

Como Obispos advertimos el valor inmenso de la oración: la oración litúrgica de la Iglesia, la nuestra comunitaria y nuestra oración individual. “Guiados por el Espíritu Santo, debemos estar todos profundamente convencidos de que la santidad ocupa el primer lugar en nuestra vida y en nuestro ministerio. A este respecto, como Obispos advertimos el valor inmenso de la oración: la oración litúrgica de la Iglesia, la nuestra comunitaria y nuestra oración individual. En estos últimos tiempos muchos de vosotros habéis descubierto que la práctica de hacer los retiros espirituales junto con vuestros hermanos Obispos es verdaderamente una ayuda para la santidad, nacida de la verdad. Que Dios os mantenga en esta iniciativa a fin de que cada uno de vosotros, y todos juntos, podáis cumplir vuestra misión como signo de santidad ofrecido al Pueblo de Dios en su peregrinación hacia el Padre. Que seáis también vosotros como San Juan Neumann, una anticipación profética de la santidad. El pueblo tiene necesidad de Obispos a quienes mirar como ejemplos en busca de la santidad. Obispos que tratan de anticipar proféticamente en sus propias vidas la realización de la meta a la que conducen a los fieles” (Juan Pablo II, Alocución a los Obispos de Estados Unidos en Chicago, 5 de octubre de 1979, n° 3).

Vemos el gran valor que tiene la oración en la Iglesia; la Iglesia se mantiene viva y se fortifica por la oración: “Precisamente por esta razón de la dimensión central de la fe vemos el gran valor que tiene la oración en la Iglesia; la Iglesia se mantiene viva y se fortalece por la oración. Por la oración se abren los corazones a las inspiraciones del Espíritu Santo y al mensaje y a la acción de la Iglesia de Cristo. De aquí el saber que la fidelidad a la oración es el elemento esencial de la vida de la Iglesia. En este terreno Japón ha sido bendecido con vocaciones contemplativas, con religiosos que prosiguen la alabanza de amor de Cristo con el Padre. Y en este aspecto contemplativo de la Iglesia en Japón ¿no hay acaso un excelente elemento de diálogo con vuestros hermanos no cristianos que han dado lugar relevante a la contemplación en sus antiguas tradiciones? ¿No es el deseo de estar a unidos a Dios con pureza de corazón uno de los elementos en que las enseñanzas de nuestro Salvador Jesucristo están tan naturalmente inculturizadas en la vida de muchos de vuestro pueblo?” (Juan Pablo II a los Obispos de Japón en visita ad limina apostolorum, 20, de mayo de 1980, n° 4).

La oración asidua es central en la vida del sacerdote: “Por eso, la formación de los futuros sacerdotes debe modelarse según la misma pedagogía con la que el Señor quiso atraer y educar a sus discípulos. Se trata de llevar personalmente a cada uno de los seminaristas a esa “convivencia” y “discipulado” con el Maestro que permite hacer una experiencia semejante a la de los Apóstoles: escuchar sus palabras de vida eterna, sentirse suavemente atraídos por la fascinación humano-divina de su persona; entrar decididamente en su seguimiento, quedar interiormente sellados por el encuentro con Alguien del que ya no se puede prescindir más en la vida. La oración personal, en la que se escucha la palabra de vida y se confronta con la existencia cotidiana ¿no es en realidad una forma de convivencia con el Maestro y una escuela de todos los que quieren ser discípulos auténticos de Jesús? Una oración que sea comunión con el Señor y se traduzca en un compromiso de fidelidad evangélica, de opción radical por Cristo y por su causa que es el Evangelio, hará de los futuros sacerdotes discípulos de la Palabra vivida, según la exhortación de Jesús: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando”. La oración asidua, que es central en la vida del sacerdote, debe ser como el crisol de la formación espiritual. No podemos olvidar que Cristo mismo hizo de la plegaria —desde su entrada en el mundo hasta su muerte en la cruz— el secreto de su comunión con el Padre y de su misión en favor de los hombres; a ella dedicaba momentos significativos de su jornada apostólica. Podemos afirmar que Jesús ha vivido su misterio pascual de forma consciente y en plena adhesión a la voluntad del Pa-

dre por medio de su oración. Y así también el sacerdote, educado desde los años del Seminario, debe vivir como Cristo y con El misterio de su propia vocación y misión desde la experiencia de la plegaria, que es familiaridad y comunión de vida con Cristo, Señor y Maestro. En la misma línea de lo que hemos llamado el proyecto educativo de Cristo para sus discípulos, cabe insistir en la creación de un ambiente de comunidad sencilla y acogedora en el Seminario, donde la presencia del Señor, que está presente en medio de sus discípulos, se traduzca en una experiencia de amor mutuo, de ayuda recíproca, de comunión sincera, que prepare a los futuros sacerdotes a esa “fraternidad sacerdotal” que es tan importante para mantener vivo el fervor de la vida espiritual y el estímulo de la misión apostólica. Los sacerdotes que se formen en esta escuela del Maestro podrán ser a su vez los animadores de la oración que vuestro pueblo reclama y los promotores de comunión que la Iglesia necesita” (Juan Pablo II, Discurso al tercer grupos de los Obispos de México en visita ad limina apostolorum, el 1 de diciembre de 1983, n° 4 y 5).

Hoy quisiera referirme, en un contexto más amplio, a la sagrada liturgia y a la oración en relación al ministerio de los Obispos y a la vida de Iglesia: “La relación entre el culto y oración con el servicio y la acción tienen un profundo significado para la Iglesia. La Iglesia se considera a sí misma llamada a la adoración cultural, al servicio, y al mismo tiempo su servicio relacionado con su oración. Concede grandísima importancia al ejemplo de Cristo, cuyos actos fueron en su totalidad acompañados por la oración y realizados en el Espíritu Santo. El principio es el mismo para todos los discípulos de Cristo y, como Obispos, debemos ayudar a nuestro pueblo a no olvidar jamás ese aspecto esencial de vuestro servicio; es una dimensión específicamente cristiana y eclesial de la acción. Es en la oración donde se nutre una conciencia social, y donde al mismo tiempo se valora. Es en la oración que el Obispos, junto al Pueblo de Dios, reflexiona sobre la necesidad y las exigencias del servicio cristiano. Hace siete años, en su Mensaje a la Conferencia “Call to action” en Detroit, Pablo VI formuló principios importantes, afirmando: “El Señor Jesús no quiere que olvidemos jamás que el signo de nuestro discipulado es la solicitud por nuestros hermanos. Sí, la causa de la dignidad humana y de los derechos humanos es la causa de Cristo y de su Evangelio. Jesús de Nazaret se identifica para siempre con sus hermanos”. En la oración la Iglesia comprende plenamente el significado de la Palabra de Cristo: “Por esto todos sabran que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros” (Jn 13, 35). Es en la oración que la Iglesia comprende muchas de las implicaciones del hecho que la justicia y la misericordia están entre “las prescripciones más graves de la ley” (Mt

23, 23). En la oración la lucha por la justicia encuentra su justa motivación y su motivación, y descubre y conserva medios verdaderamente eficaces. La Iglesia es consciente de que su actividad vital, y por tanto su obligación de orar, no se limita a la oración litúrgica. Cristo pide además oración individual de todos nosotros sus miembros. A través de la oración, la lucha por la justicia encuentra su peculiar motivación y estímulo, descubre y mantiene los medios realmente efectivos. Sólo una iglesia que alaba y reza puede ser lo suficientemente sensible a las necesidades de los enfermos, de los que sufren, los que están solos —especialmente en los grandes centros urbanos— y los pobres en todas partes. La Iglesia como comunidad de servicio tiene que sentir, en primer lugar, el peso de la carga llevada por tantos individuos y familias; y luego esforzarse por ayudar aliviar esas cargas. El seguimiento de Cristo que la Iglesia descubre en la oración lo expresa en su profundo interés por los hermanos de Cristo en el mundo moderno y por sus muchas y diversas necesidades. En la oración, la Iglesia confirma su solidaridad con los débiles que están oprimidos, los vulnerables que son manipulados, los niños que son explotados y todos los que de alguna manera sufren la discriminación”. El servicio de la Iglesia, en todos estos campos, debe asumir formas específicas y concretas, y esto pide comprensión y competencia de parte de los variados miembros de la comunidad eclesial. Pero sobre todo el programa de servicio debe estar sostenido por la oración, con el contacto vital con Cristo que insiste sobre la necesidad de unir el seguimiento con el servicio. Por esta razón Pablo VI concluye su Mensaje a la Conferencia de Detroit con estas reflexiones: “En la tradición de la Iglesia, cada llamada a la acción es sobretodo una llamada a la oración. Y así vosotros sois llamados a la oración y sobre todo a una mayor condisión del Sacrificio Eucarístico de Cristo... Es en la Eucaristía que encontraréis el auténtico espíritu cristiano que os hará capaces de hacer salir fuera y actuar en el nombre de Cristo” (Juan Pablo II a un grupo de Obispos americanos en visita ad limina apostolorum, 3 de diciembre de 1983, nº 6).

Hombres de oración que predicán con el ejemplo: “Por cuanto respecta al futuro, la santidad de la Iglesia tiene que ser el elemento prioritario de vuestras vidas y la inspiración de todas vuestras actividades. Todas las estructuras de la Iglesia, todos los servicios que presta —unidos también ellos con los lazos del fecundo testimonio y la generosidad de vuestros mártires— están enraizadas en la santidad de vida y en aquel celo que sólo la santidad puede hacer posible y mantener por mucho tiempo. La eficacia de vuestra misión de guías pastorales depende de la medida de vuestra santidad, de vuestra unión con Cristo, quien os repite hoy a vosotros: “Si per-

manecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros... se realizará” (Jn 15, 7). Vuestro segundo centenario lleva consigo una llamada a la acción por la causa del evangelio. Ahora bien, toda llamada a la acción es llamada a la santidad, a la unión con Dios, y en consecuencia, es una llamada a la oración, expresión auténtica de la unión con Dios. Vuestro segundo centenario es una llamada a orar a lo largo y ancho de Corea. En la oración fortaleceréis la fe, esa fe que vosotros los Obispos estáis llamados a proclamar como Doctores fidei, esa fe que conduce a la justificación y a la vida eterna. Vuestra condición de guías, en cuanto pastores de un rebaño reunido en torno al único Pastor, Jesucristo, nunca será tan profética cuando se manifieste en ejemplo que confirme, anime y contagie vuestra vida de fe. La mayor contribución personal que podéis prestar está en escuchar las palabras de Pedro y presentaros vosotros mismos como “ejemplos al rebaño” (1 Pe 5, 3). Ser ejemplos del rebaño significa ser Obispos santos, Obispos que vivan unidos a Cristo, Obispos de oración. Todo el futuro de vuestro ministerio y del apostolado en Corea, el crecimiento de la Iglesia, debe ponerse bajo el signo de la santidad. Por la unión con Dios y en la oración, seréis capaces de seguir las palabras de san Pablo: Confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Corea en el Seminario mayor regional de Seúl, 3 de mayo de 1984, nº 4).

La misión de los Obispos a la luz del Concilio Vaticano II: Maestros de oración. “Nuestra gente tiene que luchar por mantener la fe y la moral cristiana, en parte, porque no han descubierto el sentido de la oración, o porque ya no intentan rezar. Quiero hablar de la oración que, en diálogo con Dios o preferiblemente escuchando a Dios, busca la contemplación de su amor y la conformidad con su voluntad. La gracia de la renovación y de la conversión se concederá sólo a una Iglesia que ora. Jesús pidió a sus Apóstoles que vigilaran y oraran. Con nuestros sacerdotes, con nuestros religiosos, y con muchos de nuestros laicos, hemos descubierto que la oración, en la alegría del Espíritu Santo, nos hace ser maestros de oración. La oración es inseparable de los sacramentos. A este respecto el Concilio afirma lo siguiente sobre la tarea del obispo: “Por medio de los sacramentos, cuya administración legítima y fructuosa regulan ellos con su autoridad, santifican a los fieles” (Lumen gentium, nº 26). Quiero referirme tan solo a dos campos especialmente importantes. En primer lugar, a la asamblea eucarística dominical. ¿Cómo puede descuidarla un pueblo que quiera ser cristiano? Las causas son muchas, pero a todo trance, nosotros los Pastores, debemos hacer todo lo que podamos para devolver el sentido al día del Señor y a la Eucaristía, y cuidar de que nuestras liturgias sean preparadas con esmero y que se caractericen por la activa participación de

los fieles y por la dignidad de la oración” (Discurso a la Conferencia Episcopal de Canadá, Ottawa, 20 de septiembre de 1984, n° 5).

Expertos en las cosas de mundo y contemplativos enamorados de Dios: “Se necesitan heraldos del Evangelio, expertos en humanidad, que conocean a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, de sus angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos. Debemos suplicar al Señor que aumente el espíritu de santidad en la Iglesia y nos mande nuevos santos para evangelizar el mundo de hoy” (Discurso al VI Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, 11 de octubre de 1985, n° 13).

Sobre la pastoral de la oración: “Pero, para realizar estos planes pastorales, hace falta una cierta inspiración espiritual, fuente de nuevo dinamismo. Hace falta una inspiración que preserve la originalidad cristiana de la acción, la identidad del apóstol, el carácter de testimonio en relación con el Absoluto. Hace falta que se asegure en todo y siempre el vínculo con Dios, la participación con su gracia. Es una cuestión de nutrimento doctrinal y espiritual, pero ante todo vivido en la experiencia de la plegaria. ¿Cómo desarrollar el espíritu de oración en nuestras iglesias? He aquí seguramente, una exigencia fundamental de nuestra misión de Obispos. Por vuestra parte estáis bien convencidos del lugar primordial de una pastoral de la oración. Lo he constatado en muchas de vuestras relaciones diocesanas. La oración, en efecto, acompaña o precede, de algún modo, todo esfuerzo de evangelización. ¿Quién de vosotros, dice Jesús evocando las renunciaciones, si quiere edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene para terminarla?” (Lc 14, 28). Se podría decir de igual modo: ¿Quién de vosotros, si quiere poner en práctica un gran proyecto pastoral, no comienza poniéndose de rodillas, para emprender y llevar a cabo esta misión con el Espíritu de Dios? Esta es vuestra convicción y vuestra experiencia personal: y no dudo de que insistís a menudo sobre ello en vuestras predicaciones o en vuestras reuniones pastorales. La mayor parte del tiempo, la dedicáis a presidir la oración, y especialmente la Eucaristía. Durante mi peregrinación a Francia, los tiempos fuertes fueron las grandes reuniones del pueblo cristiano en oración. Jesús nos ha mandado orar continuamente. En el momento de nuestra ordenación episcopal, el obispo consagrante nos preguntó: ¿Quieres orar siempre a Dios todopoderoso y cumplir con toda fidelidad la función del sumo sacerdocio? Más, ¿cómo suscitar maestros de oración? ¿Cómo enseñar al pueblo cristiano a que él mismo rece mejor?

¿Cómo hacerle comprender que esto es capital? Debemos convencer al pueblo cristiano de que la oración es indispensable por el simple hecho de que se trata de cumplir la obra de Dios, y no la nuestra. Se trata de cumplirla según su inspiración, y por tanto, con su Espíritu Santo, y no según nuestros propios sentimientos. Se trata de sacar agua de unas fuentes que no son aquellas en las que el mundo busca su poder. Nosotros encontramos nuestra fuerza en la gracia de Dios. Nuestros métodos se inspiran en el amor evangélico. Sí, solo la gracia permite llevar a cabo la obra de salvación que implica la conversión de las personas: sólo el Espíritu de Dios hace tomar conciencia del pecado, da el deseo de salir de él, conduce a la fe o a la reconciliación con Dios. Nosotros damos nuestro testimonio, que es una llamada que respeta la libertad, y sólo Dios puede suscitar una atracción interior. Del mismo modo, sólo la gracia favorece la obra de comunión que queremos realizar en la Iglesia, pues “fundamentalmente se trata de la comunión con Dios, por Jesucristo, en el Espíritu Santo” (Relación final del Sínodo de 1985, II, C. 1). Y es evidente que sólo la gracia conduce a la santidad. El Sínodo, que ha querido celebrar y actualizar el Concilio Vaticano II, no ha dejado de insistir en esta renovación espiritual: “Precisamente en este tiempo, en el que muchísimos hombres experimentan un vacío interno y una crisis espiritual, la Iglesia debe conservar y promover con fuerza el sentido de la penitencia, de la oración, de la adoración, del sacrificio, de la oblación de sí mismo, de la caridad y de la justicia” (II, A, 4). Mi reciente peregrinación a Francia buscaba esto: una atención privilegiada a las fuentes de la santidad, porque los santos nos muestran el camino de una verdadera renovación. ¿Hace falta recordar qué maestros de oración han sido Francisco de Sales y Juana de Chantal, que supieron inspirar tanto a los laicos como a los consagrados? Una de las finalidades de mi encíclica *Dominum et vivificantem* ha sido la de avivar la sed de oración; “El soplo de la vida divina, el Espíritu Santo, en su manera más simple y común, se manifiesta y se hace sentir en la oración. . . La oración por obra del Espíritu Santo llega a ser la expresión cada vez más madura del hombre nuevo que, por medio de ella participa de la vida divina” (nº 65). A nuestros fieles hay que hacerles comprender los beneficios de la oración. La experiencia hecha en Asís, el 27 de octubre, es significativa a este respecto. No hemos discutido sobre la paz, ni comparado nuestras convicciones religiosas. Los representantes de las grandes religiones del mundo no han hecho otra cosa que dirigirse al mismo tiempo hacia Dios, y como lo expliqué el 10 de enero a los diplomáticos, esta humilde oración desinteresada cambia ya el corazón del hombre. La oración comporta un dinamismo que conduce al hombre hacia la verdad de sus ser, le libera de sus pasiones, abre su espíritu y su cora-

zón. Sí, la oración auténtica, lejos de replegar al hombre, sobre sí mismo, les dispone a la misión, al verdadero apostolado. En Lourdes, en 1973, los Obispos de Francia hicieron con este fin un notable examen de conciencia sobre la oración (*Une eglise qui Cléber et qui prie*, Le Centurión, 1974), que destacaba un cierto número de constantes o de cuestiones. “La Iglesia no se compromete demasiado, pero puede comprometerse mal... Ella debe comprometerse en la comunidad, con los hombres, como Cristo, sin imponerse límites a este compromiso, a condición de que se retire a la soledad con Dios, a condición de que rece”. El deseo que emanaba de este estudio era que una pastoral de la oración se tomase más en cuenta a nivel de las instancias diocesanas (ver pags. 103-4). Pablo VI, por su parte, terminó su alocución a los Obispos franceses en 1977 con estas palabras: “La Iglesia en Francia necesita profundizar y encontrar el equilibrio de la relación acción-contemplación” (5 de diciembre). Hoy en día, numerosas realizaciones van en este sentido. La mayor parte de las diócesis han favorecido iniciativas de oración, han insistido en espacios de oración, preocupándose de educar para la oración. A esto es a lo que quiero animaros. Por lo demás, vosotros constatáis, en todas partes, aunque todavía en el ámbito de círculos limitados, una renovación de la oración. Se habla cada vez más de un retorno a lo religioso, a lo sagrado. Los análisis de este fenómeno se han multiplicado, para captar el valor, o a veces, las ambigüedades. Es verdad que este fenómeno puede significar sobre todo el rechazo de una sociedad utilitaria, anónima, que ha perdido sus razones para vivir, y manifestar, por tanto, una búsqueda de la gratuidad, de la relación personal, del sentido de la vida. Puede manifestar también la añoranza de la creatividad, de la fiesta, de la celebración. Puede ser una reacción contra la desacralización a la que no han sido ajenos los cristianos al querer desinteresarse demasiado de las mediaciones. Pero este fenómeno puede degenerar también en falsa mística, en una búsqueda de eficacia mágica y en el recurso a las fuerzas oscuras. Al menos, se puede pensar que este retorno a lo religioso manifiesta una insatisfacción ante el mundo cerrando en su materialismo práctico o en sus conquistas científicas. Los Pastores tienen que acoger este fenómeno y respetando las libertades, favorecer su evangelización, pues ofrecen oportunidades para un progreso en la oración. ¡Tratemos de descubrir el carácter personal del Dios que está siendo buscado a tientas y la disponibilidad desinteresada de la oración, atenta a la voluntad de Dios, uniéndose así, a la oración filiar de Cristo! La oración se ve facilitada también por la valoración de las riquezas de las devociones populares, las cuales, evidentemente, deben estar abiertas a una fe trinitaria, a una comunión con la Iglesia, a una verdadera caridad, como dije a vuestros hermanos, en

1982. Hoy en día, existe otra posibilidad. La de los grupos de oración que se han multiplicado en la Iglesia Católica, como en otras comunidades eclesiales, y esto espontáneamente, de modo imprevisto. La oración puede desarrollarse aquí en la manera clásica: puede también buscar el apoyo de manifestaciones más exuberantes. Algunos Pastores han acogido este movimiento, con circunspección. Y de hecho hay que velar siempre para que una auténtica doctrina inspire este tipo de recursos a la oración, para que la situación eclesial, por lo que se refiere a los ministros de los sacramentos, sea bien respetada. Para que las tareas de caridad y justicia no se vean eludidas. Por otra parte, el dinamismo y la generosidad de estos grupos, no deberían impedir otras iniciativas en la animación de las comunidades parroquiales. Pero, con el discernimiento que conviene, se puede hablar de una gracia dirigida a santificar la Iglesia, a renovar en ella el gusto por la oración, a hacer redescubrir, con el Espíritu Santo, el sentido de la gratuidad, de la alegre alabanza, de la confianza en la intercesión, y convertirse en una nueva fuente de evangelización (16 de diciembre de 1982). Debemos aspirar todavía a más; sensibilizar a todos nuestros diocesanos sobre la necesidad de orar, incluso a los alejados que han abandonado la oración o son incrementos. El ejemplo de conversión de Charles de Foucauld, cuyo centenario acabamos de festejar, es característico a este respecto. Prácticamente, son estas, las diversas formas de oración que conviene promover, con la convicción de que todo cristiano, de que la Iglesia misma, es Templo del Espíritu Santo, y por ello está llamado a un diálogo continuo con El. Yo lo expresé en mi llamamiento a la Iglesia de Francia, al final de la homilía de la beatificación del padre Chevrier: “Acuérdate del Espíritu Santo que habita en ti y que puede siempre suscitar en ti una nueva primavera espiritual, si lo deseas verdaderamente” (4 de octubre de 1986, 7). Muchos cristianos eran ciertamente capaces de tener una oración personal, en su vida de cada día, bajo la forma de plegaria, de meditación de la Escritura, de adoración, de rezo del rosario. Nos corresponde a nosotros, corresponde a nuestros sacerdotes y a nuestros educadores animarles en este camino y enseñarles a consagrar el tiempo y las condiciones necesarias para ello. De ese modo harán más fácilmente la ofrenda espiritual de su vida que caracteriza el sacerdocio de todo bautizado. Con toda seguridad, el sentido de la oración se renovará también en la participación viva en la liturgia. Insistid a vuestros sacerdotes y a vuestros colaboradores en el servicio litúrgico a que progresen más aún en la dignidad de la celebración y de los gestos, en la calidad de los lectores, la belleza de los ornamentos y de los cantos. Se trata de crear todo un clima que ayude, aun en la sencillez, a ponerse en presencia del Señor, a acoger su Palabra, a venerar su presencia en su Cuerpo;

se trata de favorecer a la vez la participación exterior, pero también la participación interior y espiritual en el misterio pascual de Jesucristo. El Sínodo de 1985 lo ha recalcado: “La liturgia debe ayudar y hacer resplandecer el sentido de lo sagrado. Debe estar impregnada de reverencia, de adoración, de la gloria de Dios” (II, B, b, 1). Aunque ciertos fieles parecen poco familiarizados con la oración litúrgica, la esperan más o menos conscientemente para volverle hacia Dios. La participación en la Eucaristía dominical es tan importante que tendré ocasión de volver a hablar sobre ella. Pero sobre lo que quiero insistir para terminar, es que todos los aspectos de la pastoral deben estar marcados y elevados por el espíritu de oración. Aquí sólo puedo evocarlos. Así, la catequesis debe conceder amplio espacio a la oración, no sólo en el sentido de que la oración debe formar parte de su contenido, no sólo en el sentido de que lo que ha sido descubierto en la Revelación debe expresarse en la plegaria, sino también en el hecho de que el catequista mismo debe dar el ejemplo de un hombre o una mujer que reza, más aún, debe, en lo posible, transmitir, al mismo tiempo que las verdades de fe, el fruto de su experiencia espiritual que brillará por sí misma. El espíritu de oración debe caracterizar todos los aspectos de la vida pastoral: catequesis, formación doctrinal y pastoral, preparación a los sacramentos, movimientos cristianos, esfuerzo vocacional, familia, parroquia, ecumenismo y misión. Paralelamente, la formación doctrinal y pastoral de los adultos, que valoráis mucho, es inseparable de una formación espiritual, como lo señala vuestra relación regional. Constatáis que incluso los cristianos poco practicantes continúan acercándose a los sacramentos en la grandes etapas de su vida. Con toda seguridad sufrís al ver que los piden con una fe deficiente. Pero la preparación a estos sacramentos, que moviliza parte de la vida de vuestros sacerdotes, es también una ocasión maravillosa para redescubrir la oración. Quienes participan en los movimientos cristianos deben poner igualmente la oración en el centro de su preocupación apostólica. La visión de fe purificada en la oración le hará ver el mundo con esperanza, como el lugar de salvación posible, donde Dio está ya presente por su Espíritu, y también con un sentido crítico que evite confundir el reino de Dios con la conformidad al mundo. Sin esto, la “militancia” pasaría a ser una acción puramente humana, estéril en el plano eclesial, o desaparecería. Afortunadamente, muchos de vuestros movimientos de apostolado han redescubierto la necesidad de la oración, de la lectura de la Escritura, de los sacramentos de la Eucaristía y reconciliación, de las reuniones y retiros. Un punto aún más neto es el de las vocaciones sacerdotales y religiosas que tanto os preocupa. Los planes de pastoral de las vocaciones serán evidentemente estériles si falta el clima de oración. Ciertamente la piedad no basta para

ser apto; al sacerdocio ministerial, pero nadie puede aspirar a ser sacerdote, ni prepararse para ello convenientemente, sin un diálogo personal y frecuente con el Dios vivo. La vocación es el fruto de una experiencia espiritual. Conozco el caso de uno de vuestros hermanos en el Episcopado que ha abierto nuevamente su seminario sobre todo a partir de jóvenes que un párroco ha sabido reunir cada semana para un buen rato de formación doctrinal y una oración exigente. ¿No se encuentra aquí una indicación preciosa para el lacerante problema del relevo sacerdotal? He recordado suficientemente en *Ars* cómo la formación espiritual debe impregnar toda la vida de los seminaristas, y cómo la oración debe acompañar todo nuestro ministerio de sacerdotes y de Obispos. Y los institutos de vida consagrada florecerán en la misma medida en que florezca su vida de oración. La plegaria debe, en primer lugar, desarrollarse en familia, donde los niños pueden aprender a dirigirse a Dios desde su más tierna edad, junto con sus padres. Nunca insistiremos bastante en este punto a los matrimonios jóvenes. La parroquia tiene muchas funciones que vosotros habéis señalado en vuestras relaciones y de las que trataré más adelante. La parroquia debe ser también y sobre todo un lugar de oración, que favorezca las celebraciones y la plegaria en el recogimiento y la adoración, ante el Santísimo Sacramento. Esto depende en parte del ejemplo de los sacerdotes y del clima que haya en la Iglesia. La Iglesia no sólo saca de la oración la inspiración para todas sus actividades pastorales, misioneras, ecuménicas, sino que testimonianando que ella reza, presta un eminente servicio a toda la sociedad. Pues este mundo tiene más que nunca necesidad de interioridad. Todos los instantes de la vida humana parecen ahora estar llenos de la búsqueda del rendimiento, de la diversión, del ruido de los medios de comunicación. Pero el hombre necesita también el silencio prolongado, la contemplación gratuita, la relación personalizada. La oración satisface tales exigencias en su dimensión más profunda. Abre al absoluto, conduce a la caridad. Queridos hermano: Seamos de los primeros que educan en la oración. El Año Mariano que va a abrirse será una buena ocasión para enseñar a nuestro pueblo cristiano, junto con la Virgen María, la actitud de oración de la que Ella es el modelo más perfecto. Pidiendo al Espíritu Santo que os colme de su luz y de su fuerza, m doy de todo corazón mi bendición apostólica, y bendigo con vosotros a todos vuestros diocesanos” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de la región norte de Francia, en visita ad limina apostolorum apostolorum, 22 de enero de 1987, n° 3-10).

Es la vida de oración la que mantiene encendida la ilusión del servicio: “Ante todo, recomienda que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias” (1 Tim, 2, 1). La primera tarea del obispo para

fructificar la gracia de Dios ha de ser el fomento de la piedad: la suya personal y la de todos los que dependen de él. “Ejercítate en la piedad —dice San Pablo a Timoteo—, los ejercicios corporales sirven para poco; en cambio, la piedad es provechosa para todo, pues tiene la promesa de la vida, de la presente y de la futura” (Ibíd., 4, 7-8). Es la vida de oración la que mantiene encendida vuestra ilusión de servicio, para cumplir puntualmente el mandato de Cristo de apacentar sus ovejas (ver Jn 21, 17). Si las ansias de una mayor eficacia pastoral no estuvieran basadas en una personal y continua unión con Dios, no serían fruto del verdadero afán apostólico. Hoy como ayer se cumplen las palabras del Señor: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque, separados de mí, no podéis hacer nada” (Ibíd., 15, 5). Esa unión con Cristo se hace particularmente evidente en la celebración de la sagrada liturgia, que el obispo lleva a cabo con los miembros del presbiterio y con la participación del Pueblo de Dios que le ha sido confiado. “Por medio de la liturgia, se alcanza hoy el misterio de la salvación. Cuando el obispo ofrece el sacrificio eucarístico y celebra los sacramentos, transmite aquello que él mismo ha recibido de la tradición que viene del Señor (ver 1 Cor 11, 25) y edifica de esa forma la Iglesia” (A los Obispos participantes en una curso de actualización litúrgica, 12 de febrero de 1988, n. 3). Es, pues, necesario que estéis fuertemente convencidos de la importancia de tales celebraciones para la vida cristiana de los fieles. Como “moderadores, promotores y custodios de toda la vida litúrgica” (Christus Dominus, n° 15), la Iglesia que os ha sido confiada, habéis de velar para que se observen diligentemente las normas y directrices relacionadas con su celebración. Una equivocada interpretación de la espontaneidad no debe llevar a que se altere el sentido de las acciones litúrgicas y, en concreto, de la Santa Misa. Con inmensa alegría he acogido vuestra iniciativa de declarar este año, 1988, Año Eucarístico. Pido a Dios que esta conmemoración fructifique en un creciente y renovado amor de todos a Jesús-Eucaristía” (Juan Pablo II, Alocución a los Obispos Uruguayos en la nunciatura, Montevideo, 8 de mayo de 1988, n° 3).

La oración programa de vida eclesial y de acción evangelizadora:

“Todos hemos meditado sobre las palabras de Jesús: “Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza... y podáis estar en pie delante del Hijo del hombre” (Lc 21, 36). Hoy aceptamos de nuevo la llamada de Cristo mismo a rezar tal como nos llega a todos nosotros y a la Iglesia: La llamada a orar condiciona toda la actividad de la Iglesia. En 1976, dirigiéndose al encuentro de Detroit, Llamada a la Acción, Pablo VI afirmó que: “en la tradición de la Iglesia cualquier llamada a la acción es, ante todo,

una llamada a la oración”. Estas palabras resultan hoy más significativas que nunca. Son un reto para la Iglesia en Estados Unidos y en el mundo entero. La Iglesia universal de Cristo, y en consecuencia, cada Iglesia en particular, existe en orden a la oración. Al rezar, la persona humana expresa su vocación: la Iglesia tiende la mano a Dios. Al orar, la Iglesia, logra la comunión con el Padre y su Hijo, Jesucristo. En la oración, la Iglesia expresa su vida trinitaria, porque se dirige al Padre, experimenta la acción de Espíritu Santo y vive plenamente su relación con Cristo. Realmente se siente a sí misma como el Cuerpo de Cristo, como el Cristo místico. Al orar, la Iglesia, se encuentra con Cristo en el corazón de su ser. Por este camino halla la plenitud de la enseñanza del Señor, y asimila su mentalidad. Reforzando una relación interpersonal con Cristo, la Iglesia actúa al máximo la dignidad personal de sus miembros. La Iglesia, al orar, se concentra en Cristo: lo posee, gusta su amistad, y está, así, en situación de comulgarlo. Sin la oración todo esto faltaría y no tendría nada que ofrecer al mundo. Pero ejercitando la fe, la esperanza y la caridad en la oración, su poder se refuerza para comunicar a Cristo. La oración es el objetivo de toda catequesis en la Iglesia, porque es el medio de unión con Dios. Mediante la oración la Iglesia expresa la supremacía de Dios y realiza el primer y mayor mandamiento del amor. Todo lo humano está profundamente afectado por la oración. Mediante la oración el trabajo humano se revoluciona y se eleva en su más alto nivel. La oración es la fuente de la plena humanización del trabajo. En la oración se entiende el valor del trabajo, ya que comprendemos el hecho de que somos verdaderos colaboradores de Dios en la transformación y elevación del mundo. La oración es la consagración de esta colaboración. Al mismo tiempo es el medio por el que afrontamos los problemas de la vida y en el que se idean y nutre todos los esfuerzos pastorales. La llamada a orar debe preceder a la llamada a la acción, pero esta última debe acompañar a la primera. La Iglesia encuentra en la oración la raíz de toda su acción social, el poder de motivarla y sostenerla. En la oración descubrimos las necesidades de nuestros hermanos y las hacemos nuestras porque en ellas descubrimos que sus necesidades son las necesidades de Cristo. Todo el sentido social se nutre y evalúa mediante la oración. Con palabras de Jesús, la justicia y la misericordia están entre lo más importante de la ley (ver Mt 23, 23). La lucha de la Iglesia por la justicia y su interés por la misericordia, sólo tendrá éxito si el Espíritu Santo le da el don de la perseverancia por conseguirlas. Este don debe buscarse en la oración. En la oración llegamos a comprender las bienaventuranzas y las razones por las cuales debemos vivirlas. Sólo a través de la oración podemos empezar a ver todas las aspiraciones de la humanidad desde la perspectiva de Cristo. Sin las

intuiciones de la oración, nunca podríamos comprender todas las dimensiones del desarrollo humano y la urgencia para la comunidad cristiana de empeñarse en este trabajo. La oración nos llama a examinar nuestras conciencias sobre todos los temas que afectan a la humanidad. Nos llama a meditar nuestra responsabilidad personal y colectiva antes del juicio de Dios, y a la luz de la solidaridad humana. De aquí que la oración sea capaz de transformar el mundo. Todo se renueva con la oración, tanto los individuos como las comunidades. Surgen nuevos objetivos e ideales. La dignidad y la acción cristiana se reafirman. Las obligaciones de nuestro bautismo, confirmación y sagradas órdenes, adquieren nueva urgencia. Los horizontes del amor conyugal y de la misión de la familia, se extienden ampliamente en la oración. La sensibilidad cristiana depende de la oración. La oración es una condición esencial, si no la única, para una correcta lectura de los tiempos. Sin la oración es inevitable la decepción en un problema de tal importancia. Las decisiones requieren oración: las decisiones de gran envergadura requieren ser sostenidas por la oración. Jesús mismo nos da el ejemplo. Antes de llamar a sus discípulos, y de seleccionar a los Doce, Jesús pasó la noche, en la montaña haciendo oración, en comunión con el Padre (ver Lc 6, 12). Para Jesús rezar a su Padre no significó sólo luz y fuerza. Significó también confianza, fidelidad y alegría. Su naturaleza humana exultó en la alegría que le vino de la oración. La medida de la alegría de la Iglesia, en cualquier época, es proporcional a su oración. La medida de su fortaleza y la condición para su confianza son la fidelidad a la oración. Los misterios de Cristo se desvelan a los que se acercan a El en la oración. La plena aplicación del Concilio Vaticano II estará siempre condicionada por la perseverancia en la plegaria. Los grandes pasos realizados por el laico de la Iglesia y en el darse cuenta de su pertenencia a la Iglesia, de cómo son Iglesia, sólo se explican, en última instancia, por la gracia y su aceptación en la oración. En la vida de la Iglesia, hoy, frecuentemente percibimos que el don de la oración está ligado a la Palabra de Dios. Una renovación en el descubrimiento de las Sagradas Escrituras ha producido frutos de oración. La Palabra de Dios, abrazada y meditada, tiene el poder de llevar a los corazones humanos a una comunión cada vez mayor con la Santísima Trinidad. Repetidas veces ha tenido lugar esto en la Iglesia de nuestros días. Los beneficios recibidos mediante la oración, ligada a la Palabra de Dios, nos impulsan a una ulterior respuesta de oración, la oración de alabanza y acción de gracias. La palabra de Dios genera la oración en toda la comunidad. Al mismo tiempo en la oración se entiende, se aplica y se vive. Para todos nosotros, que somos ministros del evangelio, con la responsabilidad pastoral de anunciar el mensaje a tiempo y a destiempo, la realidad de la vida diaria

a la luz de la Palabra Santa de Dios, la oración es el contexto en el que preparamos la proclamación de la fe. Toda evangelización se prepara en la oración: en la oración la aplicamos primero a nosotros mismos y en la oración es ofrecida después al mundo. Cada iglesia local es fiel a sí misma en el momento es que es una comunidad orante con todo el consecuente dinamismo que la oración fomenta en ella. La Iglesia universal nunca es más auténtica que cuando refleja la imagen de Cristo orante: el Hijo que en su oración dirige todo su ser a su Padre y se consagra a Sí mismo por amor a sus hermanos, “para que sean consagrados en la verdad” (Jn 17,19). Por esta razón, queridos hermanos en el episcopado, deseo alentaros en todos vuestros esfuerzos por enseñar a la gente a rezar. Forma parte de la Iglesia Apostólica transmitir la enseñanza de Jesús a cada generación, ofrecer fielmente a cada Iglesia local la respuesta de Jesús a la petición: Enseñanos a orar (Lc 11,1). Os aseguro mi solidaridad y la de toda la Iglesia en vuestros esfuerzos por predicar la importancia de la oración diaria y dar ejemplo de oración. Por las palabras de Jesús sabemos que donde hay dos o tres reunidos en su nombre, allí está Él en medio de ellos (ver Mt 18,20). Y sabemos que en toda Iglesia local, reunida en oración, en torno al Obispo, reside la belleza de toda la Iglesia Católica como imagen fiel del Cristo orante. El sucesor de Pedro, en su función como Pastor de la Iglesia universal, está llamado a vivir una comunión de oración con sus hermanos Obispos y sus diócesis. De aquí que todas vuestras iniciativas pastorales por promover la oración tienen mi total respaldo. Esto cercano a vosotros, en caridad fraternal, y pastoral, cuando llamáis a vuestra gente a la oración diaria, cuando les invitáis a descubrir en la oración su dignidad de cristianos. Toda iniciativa diocesana o parroquial dirigida a fomentar la oración individual o familiar, es una bendición para la Iglesia Universal. Cada grupo que se reúne a rezar el Rosario es un regalo de Dios. Sí, donde dos o tres se reúnen en el nombre de Cristo, allí está Él. Las comunidades contemplativas son un don especial del amor de Cristo a su pueblo. Necesitan y merecen todo nuestro amor y apoyo pastoral. Su particular función en el mundo es dar testimonio de la supremacía de Dios y del primado del amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento (ver Ef 3, 19). Cuando, como Obispos, ejercemos nuestra responsabilidad apostólica de llamar a nuestro pueblo a la oración, cumplimos también plenamente nuestro propio ministerio pastoral. No todos estarán esperando ser llamados a rezar; no todos quieren responder; pero sí lo quieren millones de personas. Y el Espíritu Santo está queriendo usar a los Obispos de la Iglesia como instrumentos en un trabajo que, por su delicadeza suprema, le pertenece sólo a Él como *dextrae digitus*. La efusión del Espíritu Santo puede hoy renovar totalmente la Iglesia

mediante el don de la oración, tan ligado al amor de Dios; debemos invocarlo para la Iglesia, aquí y ahora, y verlo como el distintivo de la Iglesia del milenio. En este contexto vital en el que como Pastores, debemos pedir, a la Iglesia que rece. Así también vemos la identidad de los Obispos como signo de Cristo orante, signo de Cristo que habla al Padre, diciendo: “Yo te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra” (Lc 10,21). La oración alcanza un nivel de dignidad y eficacia especiales para la comunidad en la sagrada liturgia de la Iglesia y, particularmente, en el culto Eucarístico, que es la fuente y culmen de la vida cristiana. A este respecto la celebración Eucarística dominical es de inmensa importancia para vuestras iglesias locales y su vitalidad. Al tiempo que la Iglesia es convocada para orar, se la convoca también para el servicio en fraterna caridad y justicia, misericordia y paz. Cristo, en el mismo acto de convocar a su Iglesia para el servicio, consagra este servicio, lo hace fecundo y lo ofrece en el Espíritu a su Padre. Este servicio, al que la Iglesia está llamada, es el servicio de la evangelización y del desarrollo humano en todos sus aspectos vitales. Es un servicio en el nombre de Cristo y de su misericordia, en el nombre del que dijo: “Siento compasión de la gente” (Mt 15,32). Hay otros muchos aspectos de la oración, tanto privada como litúrgica, sobre los que habrá que reflexionar. Hay otras muchas dimensiones de la llamada a la oración que la Iglesia quisiera enfatizar. Quiero, en este momento, sin embargo aludir a dos realidades que la iglesia debe afrontar constantemente y que sólo puede hacerlo adecuadamente en la oración. Son el sufrimiento y el pecado. En su oración, la Iglesia, entiende y hacer frente al sufrimiento; reacciona contra él como Jesús lo hizo en el Huerto: “sumido en agonía, insistía más en su oración” (Lc 22,44). Ante el misterio del sufrimiento, la Iglesia es todavía incapaz de modificar o mejorar el consejo de Santiago: “¿Sufre alguno de vosotros? Que ore” (Sant 5, 13). La definitiva respuesta de la Iglesia al sufrimiento, junto con todos los esfuerzos que debe multiplicar hasta el fin de los tiempos, se encuentra sólo en la oración. La otra realidad a la que la Iglesia responde con la oración es el pecado. En la oración la Iglesia se inserta en la lucha pascual contra el pecado y el mal. En la oración pide perdón por el pecado; en la oración implora misericordia por los pecadores. En la oración celebra el poder del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La respuesta de la Iglesia al pecado es celebrar la salvación y la superabundancia de la gracia de Jesucristo, el salvador del mundo. Profundamente convencidos del poder de la oración y confiados humildemente a ella en nuestras vidas, proclamemos con seguridad en la Iglesia la llamada a la oración. Está en juego la necesidad de la Iglesia de ser ella misma, la Iglesia de la oración, para gloria del Padre. El Espíritu Santo nos asistirá y los mé-

ritos del misterio pascual de Cristo suplirá nuestras debilidades humanas. El ejemplo de María, la Madre de Jesús, como modelo de oración, es una fuente de confianza y seguridad para todos nosotros. Al mirar a Ella, sabemos que su ejemplo sostiene a nuestro clero, religiosos y laicado. Sabemos que su generosidad es un legado para que toda la Iglesia la proclame y la imite. Finalmente, en palabras de Pablo, os pido a todos vosotros: “Orad por mí para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el misterio del Evangelio... Orad para que pueda hablar valientemente como conviene. La gracia sea con todos los que aman a Nuestro Señor Jesucristo en la vida incorruptible” (Ef 6, 19-20)” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de la IV Región de EE.UU. Baltimor, Washington, Atlanta y Miami, en visita ad limina apostolorum, 10 de junio de 1988, nº 1).

Sin una experiencia profunda de oración el crecimiento moral será escaso: “Entre las lecciones concretas de la Jornada Mundial de la Juventud (Denver) conviene destacar la capacidad y el deseo de oración de los jóvenes. Esperan que sus pastores les enseñen una oración auténticamente cristiana, que lleve a la comunión del diálogo filial del Hijo con el Padre, según la maravillosa expresión de san Pablo, en su carta a los Gálatas (4, 6). La oración no es una ocupación entre otras muchas cosas, sino que se encuentra en el centro de nuestra vida en Cristo. Aparta nuestra atención de nosotros mismos y la dirige al Señor. La oración llena la mente con la verdad y da esperanza al corazón. Sin una experiencia profunda de oración, el crecimiento en la vida moral será escaso. La renovación auténtica de nuestras diócesis requiere el apostolado de la oración enraizado en la fe, reforzado por la vida sacramental y litúrgica, y activo en la caridad (ver CEC 2558)” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de nueva Inglaterra, EEUU en visita ad limina apostolorum, 21 de septiembre de 1993).

La auténtica espiritualidad cristiana: “Como pastores, según el corazón del Señor, una de vuestras principales tareas y alegrías es la de guiar vuestras comunidades en el culto y la oración. El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que la oración “es un impulso del corazón” (2558), fruto y alma del misterio de la salvación, fundado en la fe, fortalecido con los sacramentos y operante en la caridad. En nuestra oración debemos salvaguardar la transcendencia divina y purificar nuestro corazón de falsas imágenes (ver 2779). Nuestra oración ha de reflejar siempre la verdadera fe de la Iglesia. El núcleo de la oración cristiana es la revelación del Padre a los pequeños (ver Mt 11,25), sus hijos adoptivos (ver Jn 3, 1-2). En unión con el Hijo, por el Espíritu Santo, podemos acercarnos al Padre y decirle:

Abbá Padre (Rm 8, 15). No enseñar esta verdad tan sublime o enseñar algo diferente, significaría faltar a nuestra responsabilidad de verdaderos guías espirituales, que ofrecen el alimento sustancioso de la auténtica espiritualidad cristiana y ayudan a los miembros de la Iglesia a alcanzar la plena madurez en Cristo (ver Ef 4, 13)” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de EEUU, California, Nevada, Hawai, en visita ad limina apostolorum, 4 de diciembre de 1993).

Maestros de la verdadera oración cristiana: “No es exagerado decir que la relación del hombre con Dios y la exigencia de una experiencia religiosa son el punto focal de una profunda crisis que afecta al espíritu humano. Mientras sigue la secularización de innumerables aspectos de la vida, hay una nueva exigencia de espiritualidad, como pone de manifiesto la aparición de numerosos movimientos religiosos, que procuran responder a la crisis de valores en la sociedad contemporánea. Si por secularización se entiende la pérdida de la perspectiva de la vida eterna, vivir como su Dios no existiera, no se puede ignorar, por el contrario, las profundas aspiraciones que hoy animan el corazón de los hombres. A pesar de señales tan negativas, muchas personas tienen hambre de una espiritualidad auténtica y estimulante. Existe “un nuevo descubrimiento de Dios en su realidad trascendente de Espíritu infinito (ver Dominum et vivificantem, n° 2) y especialmente los jóvenes buscan un fundamento sólido sobre el cual construir su propia vida. Los jóvenes de Brasil esperan que los guíeis hacia Cristo, que es la única “respuesta existencialmente adecuada al deseo de bien, de verdad, y de vida que hay en el corazón de todo hombre” (Centesimus annus, 24). Esperan que sus pastores sean maestros de verdadera oración cristiana, que lleve a participar en el diálogo filial del hijo con su Padre, según la maravillosa expresión de san Pablo, descrita en la carta a los Gálatas (4,6). La auténtica renovación de vuestras diócesis, requiere un apostolado de la oración arraigado en la fe, fortalecido por la vida sacramental y litúrgica, y operativo en la caridad” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de la V Región del Nordeste de Brasil, en visita ad limina apostolorum, 22 de octubre de 1995).

Cultivar una verdadera mirada contemplativa: “Puesto que sois, sobre todo, guías espirituales de vuestra grey, os exhorto especialmente a cultivar una verdadera “mirada contemplativa” (Evangelium vitae, n° 83). Esta mirada se alimenta de la oración y de la vida sacramental y se esfuerza por penetrar el sentido más profundo de la vida. Este espíritu está en armonía con la experiencia cultural y religiosa de los pueblos de Asia. Las antiguas tradiciones espirituales de vuestro continente desafían a toda la Igle-

sia a concentrarse en lo que es absolutamente prioritario para la fe: participar en la misma vida de Dios como sus hijos amados (ver Jn 1, 3,1). Que la Iglesia en indonesia llegue a ser cada vez más una comunión de contemplación y oración en la more la santísima Trinidad (ver 1 Jn 14, 23)” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Indonesia, en visita ad limina apostolorum, 3 de junio de 1996).

Camino de crecimiento: “Los Obispos están llamados a crecer, mediante la oración personal y el estudio, en intimidad con el Espíritu Santo, para ser capaces de asimilar y transmitir el contenido pleno del mensaje cristiano (ver Jn 14, 26)” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Filipinas, en visita ad limina apostolorum, 5 de octubre de 1996).

Ninguna actividad externa a favor de la evangelización sustituye la unión con Dios en la oración: “Quiero añadir que la nueva evangelización, llevada a cabo por la Iglesia, encuentra en la oración su eficacia y su fuerza. Recordemos qué enorme significado ha tenido la oración en la historia, tan reciente, de la lucha por la libertad. Frente a la inmensidad de las tareas, ¿no debería la Iglesia en Polonia unirse también ahora en una oración asidua? En efecto, la oración tiene el poder de insertar a todos los bautizados en la nueva evangelización, que es obra del Espíritu Santo. La oración enseña los métodos de acción de Dios, purifica de todo lo que separa de Dios y de los hombres, así como de lo que amenaza la unidad. La oración protege de la tentación de la pusilanimidad, de la estrechez del corazón y de la mente; eleva la mirada del hombre para que vea las cosas desde la perspectiva de Dios, y abre a la gracia divina el camino del corazón del hombre. La vida de oración exige participar en la liturgia, acercarse al sacramento de la reconciliación y asistir a la santa misa. En efecto, el banquete eucarístico proporciona el alimento espiritual, tan necesario para todos los hombres. La participación en la santa misa, el domingo y las fiestas de precepto, constituye una fuente inagotable de vida interior y de apostolado. Es indispensable, pues, sensibilizar a los fieles con respecto al carácter festivo del día del Señor. Es preciso que el Episcopado polaco, teniendo presente también la proximidad del gran jubileo del año 2000, exhorte a una oración ferviente y perseverante, y la oriente, mostrando a los fieles la riqueza de los dones que Dios quiere conceder a quienes se los piden. Ojalá que las oportunas iniciativas pastorales, a nivel nacional, diocesano, o parroquial, hagan posible el desarrollo espiritual del mayor número de fieles; que contribuyan también a ellos los medios de comunicación, particularmente católicos, aprovechando los medios propios; y, por último, que los movimientos y las asociaciones católicas hagan suya la idea del apostolado

mediante la oración y ayuden a sus miembros, especialmente los más jóvenes, a abrirse camino. Recordad que ninguna actividad externa a favor de la evangelización puede sustituir la unión con Dios en la oración” (Juan Pablo II, Discurso al segundo grupo de Obispos polacos en visita ad limina apostolorum, 2 de febrero de 1998, n° 7).

Lo prioritario: “Las tareas prioritarias, a las que debéis dedicar siempre vuestro tiempo, siguen siendo “la oración y el ministerio de la Palabra” (Hch 6, 4). El Señor os ha elegido para que, después de haber rezado largamente, anunciéis su Evangelio y llevéis la esperanza y el consuelo de su amor a todos. El contacto prolongado con Él os dará el entusiasmo necesario para seguir proclamando con intrepidez la buena nueva del Reino y comunicando el mensaje del amor misericordioso de Dios, que se abre para acoger toda miseria humana” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos del Cáucaso, en visita ad limina apostolorum, 9 de febrero del 2001, n° 4).

Auténticas escuelas de oración: “Uno de los principales objetivos de vuestra programación pastoral, en unión con vuestros colaboradores, ha de consistir en ayudar a las comunidades cristianas de Japón a convertirse cada vez más en “auténticas escuelas de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha e intensidad de afecto, hasta el “arrebato” del corazón”. Esta oración es algo más que consuelo y fuerza en la vida del discípulo: es también la fuente de la evangelización. De una oración y contemplación más profundas brotará la “nueva evangelización” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos Japoneses, en visita ad limina apostolorum, 31 de marzo del 2001, n° 5).

Es preciso enseñar a orar personalmente: “En una época de grandes manifestaciones populares, movidas a veces por objetivos superficiales, es necesario restaurar, por la acción de la gracia, el mundo interior de las almas infinitamente más rico de valores y de esperanzas. Sí queridos hermanos y hermanas —os dije— nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas escuelas de oración, donde el encuentro con Cristo, no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación. Esto significa dar nuevo impulso a los valores de la Eucaristía, tanto en la santa Misa, como en las diferentes manifestaciones Eucarísticas: congresos, procesiones eucarísticas, adoración del Santísimo, Horas santas, etc. Es preciso enseñar a orar personalmente, y no a colectivizar la oración. En encuentro semanal del cristiano con Dios, en la misa y en las otras manifestaciones litúrgicas, debe

llevar a una mayor intimidad con su Señor, porque el “reino de Dios ya está entre vosotros” (Lc 7, 21), así como el sacerdote reza juntamente con el pueblo, pidiendo a Dios en el padre nuestro: venga tu Reino. Si la liturgia de la Palabra es un diálogo de Dios con su Pueblo, este se siente llamado a responder a ese diálogo de amor con la acción de gracias y la alabanza, pero verificando al mismo tiempo su fidelidad en el esfuerzo de una continua conversión” (Juan Pablo II, Discurso al Undécimo grupo de Obispos de Brasil, en visita ad limina apostolorum, 23 de enero del 2003).

La oración ante todo: “Ante la gran cantidad de trabajo por realizar, vienen espontáneamente a nuestra mente estas palabras de Jesús: “La mies es mucha y los obreros pocos” (Mt 9, 37). ¿Qué hacer? La respuesta nos la da el Evangelio: “Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 38). La oración, ante todo. Es preciso intensificar la súplica de la ayuda divina, y educar a los fieles para que hagan que la oración sea un momento fundamental entre sus ocupaciones diarias. A esto contribuirá la obra, que habéis iniciado, de traducir al bielorruso, los textos sagrados, en especial el misal romano” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Bielorrusia, en visita ad limina apostolorum, 10 de febrero de 2003).

Redescubrir la oración del Rosario de la Virgen María: “Queridos hermanos, deseo que sepáis que oro constantemente por vosotros y por vuestro pueblo. Al celebrar un año especialmente dedicado al Rosario, espero sinceramente que ayudéis a vuestra grey a redescubrir esta rica pero sencilla oración. Es una oración por la paz, una oración por la familia, una oración por los hijos, y una oración por la esperanza. María, Reina del Rosario, os asista para guiar hacia la salvación al Pueblo de Dios de Gambia, Liberia y Sierra Leona” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Gambia, Liberia y Sierra Leona, en visita ad limina apostolorum, 15 de febrero de 2003).

La oración como el alma de todo apostolado: “Nuestro apostolado debe ser siempre el desbordamiento de nuestra vida interior. Ciertamente, deberá ser también una actividad intensa y eficaz, pero ha de manifestar la caridad pastoral. Y la fuente de la caridad pastoral es la contemplación del rostro de Cristo, buen Pastor. Sed hombres de oración. Mostrad con vuestro ejemplo el primado de la vida espiritual, es decir, el primado de la gracia, que es el alma de todo apostolado. Cada Obispo debe poder decir con san Pablo: “Para mí la vida es Cristo” (Flp 1, 21)” (Juan Pablo II, Discurso a un Congreso de Obispos organizado por la Congregación para los Obispos, 18 de septiembre de 2003, n° 3).

¿Perseverarás en la oración a Dios Padre Todopoderoso y ejercerás el sumo sacerdocio con toda fidelidad?: “Un segundo medio indicado por los Padres sinodales es la oración, especialmente la que se dirige al Señor con el rezo de la Liturgia de las Horas, que es siempre y específicamente oración de la comunidad cristiana en nombre de Cristo y bajo la guía del Espíritu. La oración es en sí misma un deber particular para el Obispo, como lo es para cuantos “han recibido el don de la vocación a una vida de especial consagración [...]: por su naturaleza, la consagración les hace más disponibles para la experiencia contemplativa”. El Obispo no puede olvidar que es sucesor de aquellos Apóstoles que fueron instituidos por Cristo ante todo “para que estuvieran con él” (Mc 3, 14) y que, al comienzo de su misión, hicieron una declaración solemne, que es todo un programa de vida: “nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra” (Hch 6, 4). Así pues, el Obispo sólo llegará a ser maestro de oración para los fieles si tiene experiencia propia de diálogo personal con Dios. Debe poder dirigirse a Dios en cada momento con las palabras del Salmista: “Yo espero en tu palabra” (Sal 119, 114). Precisamente en la oración podrá obtener la esperanza con la cual debe contagiar en cierto modo a los fieles. En efecto, en la oración se manifiesta y se alimenta de manera privilegiada la esperanza, pues, según una expresión de santo Tomás de Aquino, es la “intérprete de la esperanza”. La oración personal del Obispo ha de ser especialmente una plegaria típicamente “apostólica”, es decir, elevada al Padre como intercesión por todas las necesidades del pueblo que le ha sido confiado. En el Pontifical Romano, éste es el último compromiso que asume el elegido al episcopado antes de la imposición de la manos: “¿Perseverarás en la oración a Dios Padre Todopoderoso y ejercerás el sumo sacerdocio con toda fidelidad?”. El Obispo ora muy en particular por la santidad de sus sacerdotes, por las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada y para que en la Iglesia sea cada vez más ardiente la entrega misionera y apostólica. Por lo que se refiere a la Liturgia de las Horas, destinada a consagrar y orientar toda la jornada mediante la alabanza de Dios, ¿cómo no recordar las magníficas palabras del Concilio?: “Cuando los sacerdotes y los que han sido destinados a esta tarea por la Iglesia, o los fieles juntamente con el sacerdote, oran en la forma establecida, entonces realmente es la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo cuerpo, al Padre. Por eso, todos los que ejercen esta función no sólo cumplen el oficio de la Iglesia, sino que también participan del sumo honor de la Esposa de Cristo, porque, al alabar a Dios, están ante su trono en nombre de la Madre Iglesia”. Escribiendo sobre el rezo del Oficio Divino, mi predecesor Pablo VI decía que es “oración

de la Iglesia local”, en la cual se manifiesta “la verdadera naturaleza de la Iglesia orante”. En la *consecratio temporis*, que hace la Liturgia de las Horas, se realiza esa *laus perennis* que anticipa y prefigura la Liturgia celeste, vínculo de unión con los ángeles y los santos que glorifican por siempre el nombre de Dios. Así pues, el Obispo, cuanto más se imbuje del dinamismo escatológico de la oración del salterio, tanto más se manifiesta y realiza como hombre de esperanza. En los Salmos resuena la *Vox sponsae* que invoca al Esposo. Cada Obispo, pues, ora con su pueblo y por su pueblo. A su vez, es edificado y ayudado por la oración de sus fieles, sacerdotes, diáconos, personas de vida consagrada y laicos de toda edad. Para ellos es educador y promotor de la oración. No solamente transmite lo que ha contemplado, sino que abre a los cristianos el camino mismo de la contemplación. De este modo, el conocido lema *contemplata aliis tradere* se convierte así en *contemplationem aliis tradere*” (Juan Pablo II, Pastores gregis, n° 17: 16 de octubre de 2003).

Bastón en el que apoyarse en su camino de cada día: “La fecundidad espiritual del ministerio del Obispo depende de la intensidad de su vida de unión con el Señor. Es de la oración de donde un Obispo debe sacar luz, fuerza y consuelo en su actividad pastoral. La oración es para un Obispo como el bastón en el que apoyarse en su camino de cada día. El Obispo que reza no se desanima ante las dificultades por graves que sean, pues siente a Dios a su lado, y encuentra refugio, serenidad y paz en sus brazos paternos. Abriéndose a Dios con confianza, se abre con mayor generosidad al prójimo haciéndose capaz de construir la historia según el proyecto divino. La conciencia de este deber comporta que el Obispo celebre cada día la Eucaristía y rece la Liturgia de las Horas, se dedique a la adoración de la SS. Eucaristía ante el Tabernáculo, al rezo del Rosario, a la meditación frecuente de la Palabra de Dios y a la lectio divina. Tales medios alimentan su fe y la vida según el Espíritu, necesaria para vivir plenamente la caridad pastoral en la cotidianidad del cumplimiento del ministerio, en la comunión con Dios y en la fidelidad a su misión” (Juan Pablo II, Directorio de los Obispos, n° 36: 22 de febrero de 2004).

La oración renueva la santidad de la Iglesia: “Para la renovación de la Iglesia, en la santidad, es fundamental que el Obispo no sólo se dedique a contemplar; debe ser también maestro en el camino de contemplación. Su oración debe alimentarse, sobre todo, de la Eucaristía: No sólo cuando aparece ante todos tal cuál es, es decir, como *sacerdos et pontifex*, sino también cuando dedica largos ratos de su tiempo a la adoración ante el sagrario. Para que esa oración alcance su culmen y su plenitud en la Eu-

caristía, debe alimentarse también con el recurso regular al sacramento de la penitencia, y de modo especial, con la celebración de la Liturgia de las Horas” (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de EEUU, en visita ad limina, 29 de abril del 2004).

Al escuchar las intervenciones en el aula, durante la X Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, en el Gran Jubileo del 2000, se despertaron en su interior muchos recuerdos, que quedaron plasmados en el libro: “¡Levantaos! ¡Vamos!” En la presentación del libro, realizada por el Card. Re, en la sala de conferencias de Quirinal, comenta al margen: “Trabajando al lado del Papa Juan Pablo II, lo que más me ha impresionado siempre es la intensidad de su oración. Es admirable constatar cómo se sumerge en la oración. Siempre me ha conmovido la facilidad con que, en los viajes, pasaba del contacto humano con la gente al recogimiento del diálogo con Dios. He podido comprobar cómo, antes de cualquier decisión, suele orar largo rato. Cuanto más importante es la decisión, tanto más prolongada es su oración. En el encabezado de las hojas en que escribe sus homilías, sus discursos, sus apuntes..., pone siempre una jaculatoria, para comenzar cada hoja con una oración. En la oración está el manantial de su dinamismo y el secreto de su entrega incansable. Sé también que ahora, que por los achaques de su salud puede hacer menos que antes, dedica más tiempo a la oración” (Card. Re, presentación del libro “¡Levantaos. Vamos!”, 18 de mayo de 2004).

“En el momento extremo –nos narra Stanislaw Dziwisz– el Santo Padre volvió a ser el que siempre había sido fundamentalmente: un hombre de oración. Era un hombre de Dios, un hombre en íntima comunión con Dios y la oración era, incesantemente, como los cimientos de su vida. Cuando tenía que reunirse con alguien, o tomar una decisión importante, escribir un documento, hacer un viaje, antes de dirigía a Dios. Antes, rezaba. También aquel día, antes de emprender el último gran viaje, también aquel día recitó, con la ayuda de los presentes, todas las oraciones cotidianas: hizo la adoración, meditación, incluso anticipó el oficio de lecturas del domingo” (Stanislaw Dziwisz, *Una vida con Karol. Conversación con Gian Franco Svidercoschi*, Ed. Esfera de los libros, Madrid 2007, p. 240).